

DÍA 1

¿QUÉ ES MADUREZ ESPIRITUAL?

MADURAR ES LLEGAR A LA ESTATURA DE CRISTO

«Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, a la condición de un hombre maduro, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo»

Efesios 4:13

Según esta porción de Efesios, madurar es llegar a la estatura de la plenitud de Cristo. Así lo dice otra versión: *Ese proceso continuará hasta que todos alcancemos tal unidad en nuestra fe y conocimiento del Hijo de Dios que seamos maduros en el Señor, es decir, hasta que lleguemos a la plena y completa medida de Cristo (NTV) (negrilla añadida)*

Esa es según Efesios la meta: *«Sino que, hablando la verdad en amor, crezcamos en todos los aspectos en aquel que es la cabeza, es decir, Cristo»*. Efesios 4:15

Según esta afirmación, madurar es llevar toda nuestra vida, pensamientos, emociones, deseos, relaciones, hábitos, a la voluntad de Dios. Esa es la manera de

llegar a la medida de la plenitud que Él diseñó para nosotros. Ya veremos cómo lograrlo. Por ahora basta decir que, cada área de nuestra vida se despoja de lo que fuimos sin Cristo, hasta hacernos uno con la nueva vida que habita en nosotros como personas que han nacido de nuevo, lo cual explicaré a mayor profundidad cuando definamos el nuevo nacimiento.

Madurar es integrar nuestro ser en Cristo

Un crecimiento que, según también Efesios, es integral, por eso resalta: *«crezcamos en todo»*, Efesios 4:15. Ese todo se refiere a nuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, como también definiré en detalle en el apartado sobre nuestro ser interior.

Maduramos en Cristo, no por fuera de Él

De ahí que la madurez espiritual no sea solo un asunto de etapas de desarrollo natural, sin Cristo. Madurar es alcanzar la semejanza a Cristo, en una esfera espiritual que solo puede ser en virtud de su Espíritu en nosotros. Ya sabemos que la psicología se encarga sólo de nuestra alma. «Psiquis», es la palabra griega para alma. Pero nuestra madurez va más allá, abarca nuestro espíritu y la vida del Espíritu en nosotros va transformando nuestra alma (Emociones, pensamientos y voluntad) Esta madurez tampoco es espiritual, a la manera de unciones, poderes, dones y discernires. Ciertamente lo es, pero la madurez espiritual se expresa en que *«hablando la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, es decir, Cristo.»* Efesios 4:13-15.

Madura quien se hace uno con quien dijo ser la Verdad en 1 Corintios 6.14, es decir, Cristo. Así que encuentra su punto de desarrollo espiritual quien alcanza la semejanza de Cristo con todo lo que esto implica en múltiples dimensiones. No todo el que dice tener verdades las tiene si no tiene a Cristo, la Verdad. Ni es maduro el que goza de conocimiento doctrinal, sin la llenura del Espíritu de Cristo en él. Ni es maduro quien no manifiesta una genuina e irresistible pasión por Cristo y por su cuerpo que es la Iglesia. Asunto que sólo es posible en el poder de Dios. Nosotros no podemos llegar a esta plenitud si Cristo no está en nosotros, y en nosotros su voluntad y por su poder. Por lo cual, una vez más se queda corta la ciencia y el poder humano. Esto es más que un asunto de las emociones alámicas, es más que psiquis. Es el Espíritu de Dios en nuestra endeble humanidad.

Madurar es dejar la vida egocéntrica

Madurar es dejar la vida egocéntrica, porque amar implica al otro. Veamos...

«...para que ya no seamos niños, sacudidos por las olas y llevados de aquí para allá por todo viento de doctrina...sino que, hablando la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, es decir, Cristo» Efesios 4:13-15.

Curiosamente, en el mundo natural, desde la psicología, se define el estado de la niñez como *vida egocéntrica*.

En eso la ciencia alcanza a comprender el asunto tal como Dios lo diseñó.

El niño vive según sus deseos y necesidades. Sus pensamientos involucran a otros exclusivamente para suplir sus necesidades. Eso es ser egocéntrico, es vivir para nosotros mismos, a expensas de otros, centrados solo en nuestra perspectiva.

No así quien madura. Quien madura ha muerto a sí mismo, como se ilustrará más adelante; quien madura ya no vive solamente para satisfacer sus deseos. Ama a Dios y ama al otro. De hecho, si analizamos con detenimiento aquel capítulo central de 1 de Corintios 13, donde se examina el amor, veremos que amar es todo lo contrario a una vida infantil, egocéntrica e inmadura. El hombre y la mujer que madura ama a Dios y al otro a la manera de Dios, a la manera de 1 de Corintios 13. Sufriendo a otro, siendo benignos, sin envidia, sin jactancia, sin envanecerse, sin hacer nada indebido, sin buscar lo suyo, sin irritarse, sin guardar rencor; sin gozarse de la injusticia, gozándose de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

Y remata diciendo que: «Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; más cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño». Para que no quede duda que no amar nos hace infantiles

Madurar es dejar de pensar como niños

Y justo este estado carnal, de quien no logra su unidad con Dios en cada área de su vida, le lleva a vagar en un destierro existencial, centrado en encontrar algo que sacie su mente egocéntrica y vacía. Por eso son *llevados de aquí para allá por todo viento de doctrina*... Buscando llenar su mente vaciada y carente de una correcta relación con Dios. Desde esta perspectiva también nos advierte el Apóstol Pablo en 1 Corintios 14:20 lo siguiente: *«Hermanos, no seáis niños en la manera de pensar; más bien, sed niños en la malicia, pero en la manera de pensar sed maduros»*.

Por eso la Palabra nos exhorta a dejar atrás los razonamientos, los pensamientos infantiles, egocéntricos, centrados en nosotros mismos para que nuestra alma reciba de Dios en cuanto a nuestra vida, pensamientos, emociones, deseos, relaciones y hábitos arraigados en parámetros bíblicos que nos dan una estabilidad según lo único que es seguro: Dios. Porque somos hechura suya y para nosotros, lo que nos satura de bien proviene de Él. *«Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño; pero cuando llegué a ser hombre, dejé las cosas de niño»*. 1 Corintios 13:11

¿Qué hemos entonces de pensar y cómo hemos de razonar? Indudablemente, como se estudiará más adelante, quien madura, elige pensar conforme a Dios y por eso llena su mente, sus emociones y su voluntad con la palabra de

Dios y, por lo tanto, llegar a ser adulto, en el sentido de su plena humanidad en Cristo. Deja atrás lo que es de niño.

Madurar es volver a nuestro estado original

Antes, en un comienzo, cuando Dios nos creó, nos hizo a su semejanza. Pero los acontecimientos del Huerto estropearon la obra de Dios. Allí, como nos relata Génesis 3, Adán y Eva dudaron del amor de Dios y dejaron de reposar confiados en las manos de su propio hacedor, desobedecieron y quebraron el lazo de amistad con Él. Le creyeron más a Satanás que a Dios mismo.

Obraron independientemente. Aceptaron la oferta de querer ser iguales a Dios y desecharon la gracia de una relación amorosa de mutua complacencia con Dios para ser cuidados, protegidos y vivir confiados en el Padre. Todo a cambio de una mentira enorme: ocupar el lugar de Dios, lo cual incluía el tener la potestad de dar la vida o quitarla, de vivir en rebelión contra el creador y ser como Él creando sus propios sistemas de protección, provisión; procurando gobernarlo todo, haciendo uso de un poder delegado, de una autoridad sin el amor de Dios.

Pero no podemos desconocer que, el Soberano creador tiene un plan eterno, y que Él mismo se ocupa de llevarlo hasta el fin, aunque en el camino parezca escamoteado por las fuerzas del mal y por nosotros. Por eso la obra de Dios al comprarnos al más alto precio en la cruz es el comienzo para reparar el daño. Y en un

proceso de maduración, de santificación y de volvernos al origen, a nuestro estado inicial de semejanza y bendición tal como se decretó, cuando en asamblea solemne, el Padre, el hijo y el Espíritu Santo, establecieron en Génesis 26 lo siguiente: *«Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra.»*

Así que frente al siniestro plan del enemigo fraguado en el huero de Edén, Dios ha tenido un plan digno de su superioridad para volvernos al plan original, por eso como veremos a lo largo de esta reflexión, nos vuelve a la vida espiritual por el nuevo nacimiento. Solo por medio del poder de su Espíritu y su Gracia, podemos ser santificados y recuperamos la habilidad de volver a nuestro estado de eternidad, al su lado y para su Gloria.

Madurar es recobrar la autoridad que se perdió en el huerto

Nuestro proceso de madurez espiritual empieza cuando volvemos a ser espirituales, y cuando en esa vida espiritual crecemos a su semejanza. Una semejanza que nos devuelve su autoridad. Una autoridad sobre un mundo espiritual que llegará a su plenitud cuando reinemos juntamente con Él. Como lo expresa la Palabra, si perseveramos también reinaremos con Él:

«He hizo de nosotros un reino y sacerdotes para su Dios y Padre, a Él sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén...» Apocalipsis 1:6-9.

«Y los has hecho un reino y sacerdotes para nuestro Dios; y reinarán sobre la tierra.» Apocalipsis 20:4,6

«También vi tronos, y se sentaron sobre ellos, y se les concedió autoridad para juzgar. Y vi las almas de los que habían sido decapitados por causa del testimonio de Jesús y de la palabra de Dios, y a los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, ni habían recibido la marca sobre su frente ni sobre su mano; y volvieron a la vida y reinaron con Cristo por mil años...» Apocalipsis 5:10. Lo cual ya es una excelente y buena razón para alcanzar la madurez que se requiere para un destino de tanta envergadura. Efesios 4:15 lo expresa así: *«Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, a la condición de un hombre maduro, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo»* Efesios 4:13.

Así que madurar es volver a la semejanza, a la estatura de que gozábamos en el Huerto de Edén, recuperando nuestra dignidad en Él y el lugar de autoridad espiritual, sentados en lugares celestiales como bien lo expresa Efesios 2:6.

Madurar es conocer al Padre para darle gloria

«Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios

de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él.» Efesios 1: 15-17.

«Conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.» 1 Juan 4:8.

El máximo propósito de madurar no es otro que a conocer a Dios para glorificarle. Esto es ser entendidos. No en la lógica del mundo, no en la inteligencia natural desprendida de Dios, sino en la revelación que viene de lo alto, porque una vez conocemos a Dios, el saber natural cobra otro sentido: se convierte en intrascendente al verse enfrentado con la magnitud de lo que Dios es, una persona llena de amor, bondad, gracia y eternidad. Una persona que estimula en nosotros una adoración inevitable, en virtud de que Él es digno de alabanza.

Suele pasar que nos quedamos al respecto en la mitad del camino. Efesios 3:19 dice *«conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.»*

Quedarnos a mitad de camino es estar satisfechos en el conocimiento racional de los asuntos pertinentes al cristianismo, sin llegar jamás a conocer la gloria de la persona de Cristo. Esta especie de religiosidad nos lleva sentirnos falsamente saciados en nuestra mente, sin llegar a la meta de la plenitud: el conocimiento

espiritual del dador de la vida y de su rasgo esencial, un Dios que por su grandeza y su multiforme gracia nos ama, a pesar de nuestras faltas.

Suele pasar que en la Iglesia muchos creyentes vagan ansiosos, sin poder tener esta experiencia indescriptible de ser irrigados por el amor de Dios. Muchos hijos de Dios ignoran esta gran verdad: que nadie nos sacia de tal manera y que de tanto ser amados terminamos amándolo a Él con el mismo amor con que Él nos amó primero.

Los fariseos son un ejemplo de la revelación suplantada por la religión. Ellos tenían religión, pero no experimentaban el amor de Dios en ellos, no vivían en Cristo, vivían la doctrina sin el espíritu correcto. Tenían la doctrina correcta en sus mentes, pero esto no garantizó que pudieran amar al dueño de la doctrina y amar a los otros como a sí mismos.

Tenían las acciones y la doctrina correctas sin el corazón correcto porque no poseían la pasión correcta por el Señor. Porque no todo conocimiento está saturado por la revelación de la persona de Dios.

Por otro lado, se puede afirmar que hay un conocimiento racional que no es una revelación dada por Dios. El verdadero conocimiento de Él es una revelación que por su Palabra nos descubre a su persona, y toca nuestro corazón. Todo lo anterior es revelado por voluntad del

Padre y por la persona de Su Espíritu Santo a aquel «a quien el Hijo lo quiera revelar.» Mateo 11:27.

Así que quien madura va recibiendo un mayor descubrimiento de la persona de Cristo, por lo cual será entendido a la manera de Dios. Quien madura experimenta que Dios le ama. Porque «*El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor.*» 1Juan 4:8. Por eso cuando de conocimiento se trata, la palabra de Dios va más allá de la lógica racional, comporta un elemento relacional y no tan solo racional: «*si alguno ama a Dios, es conocido por él*» 1Cor. 8:3; «*siendo conocidos de Dios.*» Gálatas 4:9.

No hay un verdadero conocimiento del mundo espiritual sin el conocimiento de la persona de Cristo y de la persona del Padre a través del Señor. Y no hay tal conocimiento si no llegamos a la plenitud de percibir su amor. Y no hay madurez sino se llega a recibir y dar el amor de Cristo.

Esta revelación es más que conocimiento humano. De lo anterior estaba persuadido el apóstol Pablo, por lo cual oró:

«Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él.» Efesios 1:15-17

De ahí que, nuestra oración debe estar encaminada en un doble sentido; por un lado, que seamos alumbrados por Cristo la luz, y que nos sea revelado Él, su persona, por voluntad del Padre Celestial. Este será el punto mayor de nuestra madurez, la revelación de quién es nuestro Dios y de cómo es el amor con el que Él ama. Porque un discurso del amor sin conocer a Cristo, sin que dicho amor sea el de Cristo, es también otro engaño, otro artificio sutil de las tinieblas.

Por ello, todo nuestro ser madura cuando, por un corazón lleno de tal revelación se responde con adoración en espíritu y verdad. Pero no un amor a Dios solo expresado en canticos ni en palabras. Al amor de Dios se responde con una adoración que es obediencia, seguimiento, ir tras Él porque lo deseamos. Perseguimos su persona porque vivimos para alcanzarlo, sumidos en una pasión por Él que nos embarga. Y todo porque saborear su amor, conocer la bondad de su corazón, nos sedujo, nos atrajo a ir tras Él. Eso es la obediencia, es amor.

Si no fuera así, el Señor mismo no hubiera calibrado cuánto le amamos al afirmar: «*El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ese es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él.*» Juan 14:21.

Debemos clamar a Dios por ello, tal como clamó Pablo. Necesitamos una mayor revelación de quién es Cristo. Solo así podrán ser alumbrados nuestros ojos, porque Él es la luz. Solo así vamos a crecer a su estatura.

Debemos pedir por esta revelación exacta. Digo *exacta* porque muchos oran por revelación y Satanás listo para el engaño les da revelaciones contaminadas. No es por revelación del mundo espiritual que necesitamos orar. Si solo nos interesa lo espiritual divagaremos en un plano esotérico y no oraremos por una revelación mayor de la persona de nuestro Dios, Jesucristo, el Señor. Esta oración nos llevará al centro de la plenitud del Reino, El corazón amoroso del Padre.

Tampoco es únicamente un asunto doctrinal; no se trata de saber humanamente nada, por ello el apóstol Pablo expresaba con certeza *«y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder»* 1Cor. 2:4. Y remata... *«para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.»* 1 Cor. 1-5. Es claro que Pablo tenía por cierto, tal vez por su trasfondo de conocimiento intelectual, que el asunto del evangelio era un asunto revelacional. Por ello justamente se proponía presentar el evangelio de una manera sobrenatural. Él sabía que nuestro entendimiento natural puede, en su ceguera, creer que entendemos estando en realidad bien lejos de la verdad.

Necesitamos orar, clamar porque solo al Dios a quien clamamos le puede placer darnos esta revelación de Él: *«Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce*

alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar.» Mateo 11:27.



TIEMPO DE REFLEXIÓN

- ¿Cree usted aún tener comportamientos infantiles?
- ¿Podría identificar estos comportamientos?
- ¿Identifique un conflicto personal que se repita en su vida?
- ¿Trate de analizar si usted lo resuelve desde lo que Dios dice o si lo resuelve desde lo que le dicen sus emociones, su vieja manera de pensar o lo que otros le indican?
- Investigue con su discipulador, que de la palabra le indica la voluntad de Dios para resolver su conflicto.
- ¿Qué entiende después de la lección sobre lo que significa Madurez, pensaba antes igual?

